

EL INCENDIO EN LA ALDEA

7º, 8º

Hace ya más de cien años, en un valle de alta montaña, vivía un joven cazador con su esposa y su hijo, el pequeño Toni, del cual narraremos su historia.

El cazador construyó su casa un poco más alejado de la aldea, pequeña pero muy bonita, y que la joven esposa rodeaba de flores todos los veranos.

Cierta mediodía a mediados del invierno del año en que Toni cumplía diez años, escaló la colina sobre la cual se encontraba la capilla. Mientras estaba contemplando los cuadros en las paredes, un trueno sacudió de pronto al valle, y cuando quiso volver a su casa no pudo encontrarla. Un inmenso alud la había tapado, y sepultado a sus padres.

Desde ese día, Toni miró al mundo con mirada seria. Los aldeanos recordaron que el cazador había dicho que construía su casa de madera lejos de las demás casas para estar seguro en el caso de un incendio.

-“Y ahora se los ha llevado la nieve,” dijeron impasibles.

El cazador, que provenía de otro pueblo, había sido considerado como orgulloso.

Toni no tenía parientes que pudiesen ocuparse de él. Como era hábil y voluntarioso, los aldeanos le dieron trabajo; en verano, cuidaba las cabras, en invierno trabajaba en diferentes casas, y todos le tenían aprecio. Toni le caía en gracia a todos los de la aldea, a excepción del panadero, debido a un accidente.

Un sábado, en el cual el panadero preparó pan blanco para el domingo, su adolescente hijo se distrajo y varias bandejas se quemaron. El airado padre había golpeado al hijo, lo había arrojado por la puerta trasera, y detrás de él, había tirado los panes quemados.

En ese momento Toni estaba buscando las cabras del panadero en el establo, como hacía todos los días. Toni se agachó y levantó del suelo algunos de los panes quemados.

En ese momento apareció el panadero, roja su cara de la ira, mientras gritaba:

-“¡Qué estás haciendo, ladrón!”

Toni, consternado por la acusación, pues jamás se había apropiado de algo ajeno, respondió:

-“Sólo he querido levantar el pan, pues mi madre me ha enseñado que nunca deje tirado en el suelo aquello que es un don divino!”

Entonces, el panadero se enojó mucho más aún:

-“¿Encima te quieres hacer el santo? ¿Me quieres dar buenos consejos?”

Mientras decía esto había agarrado un leño y le había golpeado las manos que sostenían el pan.

Toni logró alejarse corriendo detrás de la cabra que huía espantada, evitando que el panadero airado lo hiera con el grueso leño.

Mas Toni no le guardaba resentimiento al panadero por la acusación; sabía, que el horno caliente le hace subir la sangre a la cabeza a la gente que allí trabaja. Pero el panadero le guardó rencor. Cuando le tocó el turno de recibir al muchacho en su casa, se negó:

-“Este niño no es confiable, yo mismo lo he atrapado robando. Algo así no puedo tolerar en mi panadería!”

Cuando los demás aldeanos no quisieron creerle, diciendo que jamás habían notado algo así, y que por el contrario todos daban fe de su confiabilidad, dijo de mala gana:

-“Y bien, pero con sólo un primer traspié lo entregaré al gendarme!”

Y, muy enojado, agregó:

-“Tampoco pasará la noche en mi casa, sino que tendrá que dormir en la cabaña de los pastores. Y esto es una decisión irreversible.”

Así que, por la noche, cuando había finalizado extenuado las tareas de la casa con las cuales lo cargaba el panadero, tenía que escalar la empinada colina en la cual se encontraba la choza de los pastores, aunque aquello con lo cual el panadero quiso imponerle un castigo, resultó ser una bendición para Toni.

El sendero silencioso a través del bosque al atardecer reconfortaba al niño, le aportaba sosiego al cabo del ajetreo y del maltrato recibido durante el día. La brisa nocturna fresca le acariciaba la frente, podía meditar acerca de todo aquello que había sucedido durante la jornada. No le causaban temor los sonidos de la noche, sabía que eran los animales que viven en ella. De los cuentos que su madre le había contado le había quedado la certeza de que los animales le prestan su ayuda a los de buen corazón. Por más indefenso que fuese, nadie le haría daño alguno, tampoco ninguna de las brujas malas, ni de los hechiceros, ni de los fantasmas. Además, su madre le había enseñado un lema, que vencía a todos los seres del mal:

-“¡Adversario, Satanás, apártate, aléjate, engendro infernal!

-“¡Protector del imperio estelar, dame fuerza y valentía!”

En las pocas ocasiones en las cuales lo había empleado, lo había ayudado sin fallar.

Allá, arriba, en la choza de los pastores al mirar por la ventanita al claro en el bosque por la noche, muchas veces veía los venados que pastaban, o al amanecer veía un rebaño que retornaba a la espesura del bosque.

Cierta vez, muy temprano por la mañana en un día de verano, cuando estaba mirando a los venados, escuchó el sonido de una flauta, y vio una figura humana, apoyada en el tronco de un árbol. Era un hombre de edad avanzada, vestido con ropa sencilla, con una larga barba blanca.

Los venados levantaron la cabeza, pero no huyeron, permanecieron quietos, escuchando, y hasta hubo algunos, que se acercaron al anciano. Asombrado, Toni abrió la puerta, pero, por ese ruido, los animales se asustaron, y se alejaron corriendo.

Mientras que Toni se detuvo frente a la puerta, sobresaltado por el insólito acontecimiento, indeciso, el anciano finalizó la melodía, y con la flauta le hizo una seña para que se acercara. Mientras lo hacía, Toni intentaba imaginar quién podía ser ese anciano. Le habían contado que del otro lado de la montaña vivía un ermitaño, cerca de la importante aldea de Burgau. Pocas veces se le veía, pero siempre le brindaba su ayuda o consejo a quien lo visitaba en oportunidad de alguna angustia, un pesar, enfermedad del cuerpo o penuria del alma.

El anciano fue a su encuentro, pero, cuando Toni quiso pedirle perdón por haberle espantado los venados, le dijo cordialmente:

-“Siéntate aquí sobre este tronco, cuéntame quién eres, y qué estás haciendo aquí arriba.”

Y así Toni le narró al anciano la historia de su vida, lo referido a su trabajo. El ermitaño escuchó con gran atención, sumido en silencio, para finalmente formular también algunas preguntas.

De allí en más, durante todo el verano Toni podía subir a la cumbre al amanecer, donde el anciano lo estaba esperando, sentado sobre el tronco de un árbol caído. Allí, le contaba de los caminos del ser humano y de sus destinos, de la vida de la Tierra y el accionar de los astros, y también recorrían el entorno juntos, y le mostraba las más diversas plantas, sobre todo aquéllas que tenían poder curativo, y le contó de los animales, de sus hábitos y de sus artes.

-“... y todo esto se debe al accionar de la sabiduría divina en el mundo. Dios ha pensado, y esto es el mundo. Nosotros debemos seguir pensando, dado que Dios está dentro de nosotros.”

El ermitaño le permitió que lo llamara padre, le regaló también una flauta, y le enseñó a tocarla; sólo había una condición, la flauta debía quedar en la choza.

Al tocar la campana de la capilla, Toni descendió corriendo la colina para hacer sus tareas, hábilmente y con alegría, y pensaba en todo lo que preguntaría al anciano al siguiente amanecer. Sabía, que el ermitaño se ponía contento frente a cada pregunta con sentido.

Poco después de su primer encuentro con el ermitaño, Toni se lo había contado a la señora del panadero, y había pedido que, por favor, no se lo relatara a su marido:

-“No le agrada que hable con él de algo que no se refiere al trabajo.”

Dijo la esposa:

“Tienes razón, se lo diré en un momento oportuno.”

Sentía afecto por el muchacho servicial y confiable. Y pensó para sí:

-“Mi marido seguramente se lo prohibiría. En otoño, todo esto terminará y habrá tiempo entonces de hablar de esto.”

Por lo tanto, guardó silencio acerca del asunto, aunque sentía que no era lo correcto. Sabía que callar también es mentir, pero no quiso privar al niño de esa alegría evidente.

Llegado el verano, cuando debía ser cosechado el pasto en las empinadas laderas, el panadero decidió de pronto que Toni debía participar de esta tarea, cada brazo era importante, ya que hacía días estaba amenazando una tormenta. Por esta razón el panadero envió a uno de sus hijos a media noche a la choza para buscar al muchacho, y llevarlo de inmediato al lugar del trabajo. Pero el hijo regresó sólo, pues la choza estaba vacía.

Toni llegó desde el valle al lugar del trabajo recién al cabo de dos horas, con la tormenta ya en puerta, y de inmediato el panadero lo reprendió. El niño no ocultó nada, sólo estaba sorprendido y sobresaltado de que el panadero parecía no saber nada de aquello que le había dicho a su esposa.

-“Ahora se ve a las claras que eres un ladrón. A escondidas me has robado las mejores fuerzas. Te has dejado seducir por el ermitaño, ese loco.

“¡Ya verás lo que te va a pasar cuando bajemos al valle!”

El niño intentó explicar que sí se le había visto en el valle, pero la panadera creyó que quería defenderse, le hizo una seña con los ojos mientras decía:

-“Calla, Toni, haz el trabajo. ¿No ves cómo la tormenta se acerca? Acaba de caer un rayo!”

Toni se quedó cerca de la señora del panadero y le dijo:

“Traigo el mensaje de que el arroyo trae una fuerte corriente y ya se llevó la pasarela en la parte alta.”

Pero el fuerte viento hizo que no se oyeran sus palabras. La oscuridad era cada vez mayor, un rayo tras otro cortaba la capa de nubes, seguidos por el trueno. Pero aún no había comenzado la lluvia. De pronto, hubo un gran silencio, y se pudo escuchar un extraño rumor proveniente del valle. La panadera le pidió con fuerte voz a su marido:

-“¡Vayámonos de acá!”

Tomó de la mano a Toni, y salieron corriendo por el sendero que conducía al granero. En ese instante cayó un rayo de luminosidad ennegecedora, seguido por el estampido del trueno que retumbó en el valle. El viento movía los árboles, y sólo cuando alumbraban los relámpagos podían ver el sendero. En el granero encontraron al panadero y a su hijo. Éste guardó un silencio hostil cuando la esposa le preguntó si también estaba escuchando el tañer de las campanas, los cuatro intentaron escuchar algo en medio del constante rugir de los truenos. De pronto Toni exclamó:

-“¡Es cierto!”

El hijo también lo había escuchado. Nada pudo retenerlos entonces. Salieron corriendo hacia el valle a pesar de que caía una lluvia torrencial, en silencio, embargados por malos presentimientos. Pronto sintieron olor a quemado, luego pasaron por nubes de humo que traían chispas. Desde abajo se escuchaba un rumor creciente, pero ya perdía intensidad. Ahora lo estaban viendo entre los troncos de los árboles: toda la pequeña aldea era presa de las llamas.

Cuando llegaron a la colina donde se encontraba la capilla vieron que allí se habían reunido casi todos los hombres, mujeres y niños que lloraban, gente callada que impotentes contemplaban la destrucción de sus hogares.

Aún antes de la caída del gran rayo, el arroyo se había convertido en un río torrentoso; había arrancado los puentes, había tapado las calles, y había entrado en los establos y en las casas.

Apenas después de que las pocas personas que se encontraban en la aldea habían comenzado a salvarse con sus animales, cayó un rayo en un depósito de heno, que de inmediato estalló en llamas, como una antorcha, que luego pasó el fuego a las casas vecinas, una tras otra. El fuerte viento alimentaba el fuego, todas esas casas de madera se fueron incendiando, en toda la aldea. El agua, con el cual se solía combatir al fuego, había conformado en su aliado, haciendo imposible todo intento de apagar las llamas, imposibilitando incluso el rescate de los animales.

La gente que llegaba presurosa de las laderas donde había estado trabajando tuvo que dedicarse a salvar a los niños, a los enfermos, y a los ancianos.

Parecía que por lo menos eso se había logrado, tal como lo pudo constatar el viejo maestro al hacer el recuento de los habitantes.

Toni se hacía reproches amargos, adjudicándose una gran culpa: si lo hubiese avisado al panadero sobre la crecida del arroyo, la caída del puente, tal vez hubiese podido llegar a tiempo para ayudar en el salvataje, hubiese podido llamar a las personas que se encontraban en las cercanía. Una y otra vez se preguntaba:

-“¿Cómo puedo remediar esa culpa?”

Se ofreció entonces de inmediato cuando un grupo de hombres era enviado a mantener abierto el camino hacia el bajo valle, aunque fue rechazado por ser demasiado joven.

-“Pero puedo servir de mensajero.”

El panadero gritó:

*-“No, desde esta mañana sé que no podemos confiar en ti.
Serás expulsado de nuestra aldea!”*

No hubo quien lo defendiera. Los hombres celebraron un consejo para decidir dónde buscar ayuda para la comunidad puesto que los víveres que habían podido salvar apenas alcanzaban para preparar el almuerzo para los niños. La capilla no tenía capacidad para albergar a todos, apenas había lugar para asistir a los enfermos y a los mujeres con niños de corta edad.

La aldea vecina se encontraba a dos horas de distancia, en camino ascendente. *¿Cómo saber si no había sufrido daños por el diluvio? ¿Cómo saber si la ruta y los senderos eran transitables y seguros con respecto a derrumbes?*

Así llegó la tarde y los hombres que habían sido enviados para el control del camino no habían vuelto todavía. El viejo maestro dijo entonces:

-“Burgau, la aldea rica del otro lado de la cumbre, ofrece mayores posibilidades de asistencia.”

Por cierto que se trataba de un ascenso muy difícil, pero el arroyo que venía de esa dirección, apenas llevaba más agua que la habitual, y seguro que la tormenta no había afectado a Burgau. Entonces se produjo el mal humor en la gente:

-"Tenemos enemistad con Burgau, son soberbios, sienten desprecio por nosotros, pobres diablos. ¿Acaso en esta hora de la desgracia también tenemos que humillarnos?"

Una tras otra, se escucharon todas las voces. El maestro opuso:

*"La discordia, la enemistad, es el origen de todos los males.
¿Acaso, no he promulgado siempre la paz?"*

Seguían las voces de protestas. Una opinó:

-"Es verdad, no es el momento para los sermones. Además, es tarde, escuchen mis palabras: es cierto que la gente de Burgau es dura y orgullosa, pero una desgracia le puede tocar a cualquiera y el afectado no tiene que sentir vergüenza. No vamos a pedir limosna; sólo confiamos que sean cristianos y sepan lo que es el amor al prójimo."

Algunos se rieron.

-"¡Los de Burgau conocen el amor al prójimo únicamente el domingo!"

Se discutió y debatió durante mucho tiempo, pero cuando llegó el mensaje de que más abajo en el valle el agua también había causado un desastre, el panadero dijo de pronto:

-"No nos queda otra salida. Vamos a Burgau, pues todos me conocen como un buen hombre, que no se humilla frente a los demás. Yo mismo llevaré a cabo las tratativas con la gente de allí. De todos modos, tengo una cuenta pendiente con ellos".

Todos finalmente aprobaron lo dicho por el panadero, mientras que el viejo maestro agregó:

-"¡Por las buenas, por favor, panadero...!"

Mientras se estaba preparando el grupo de los que podían caminar, algunos de los hombres más vigorosos, entre ellos el panadero, ya se habían puesto en camino para realizar las tratativas. Toni sintió que ahora podía ayudar. Se alejó, sin que nadie se diera cuenta, reptó rápidamente la empinada ladera hasta la choza de los pastores. Tomó consigo un pedazo de pan duro que todavía tenía guardado y se alejó en carrera febril en dirección a la cumbre. Allí tuvo que detenerse un rato, pues le parecía que el corazón le estallaba. De pronto cruzó una idea por su mente:

-"¿Por qué se apuraba de tal manera? ¿Acaso no era otra vez una acción llevada a cabo ocultamente? ¿Y acaso su amo no lo había expulsado de la aldea, y nadie había protestado?"

-"Por otra parte él tenía que enmendar una falta; tenía participación en la gran desgracia. ¿Pero por qué? Lo sucedido aconteció únicamente por el odio del hombre para el cual trabajaba, quien no quiso escuchar su mensaje, y ese hombre ahora estaba a cargo de las tratativas. ¿Cómo podría entonces prestar ayuda alguna?"

-"El panadero a su vez odiaba al ermitaño, al loco, al cual le iba a pasar la cuenta."

*¿Cómo puedes tener esperanza alguna para aportar ayuda?
¡Tú mismo eres un loco!"*

De pronto le pareció que una voz desconocida tomase la palabra. Sí, era "el adversario", que trataba de que callera en la tentación. Se paró erguido y en voz alta pronunció su lema:

-¡Adversario, Satanás, apártate! ¡Aléjate, engendro infernal!

-¡Protector del imperio estelar! ¡Dame fuerza y valentía!"

Se incorporó de un salto; había estado acostado justamente al lado del pino caído, donde el ermitaño le había dicho:

_"Nosotros debemos seguir pensando, dado que Dios está dentro de nosotros."

Cortó un pedacito del pan, y se lo puso en la boca.

-“Dios está también en el cereal y en el pan.” Había dicho el ermitaño.

Bajó la ladera de la montaña a grandes saltos. No sabía dónde vivía el ermitaño, pero confió que lo encontraría. Recorría un trecho, se detenía para mirar a su alrededor, tratando de descubrir alguna señal de vivienda o de humo. Llegó a un arroyito, siguió su curso, pensando que el ermitaño necesitaría agua. Entonces un segundo arroyito se unió al primero, y tuvo la duda de haberse pasado ya de largo. Indeciso, se detuvo por un momento. De pronto escuchó el sonido de una flauta en la lejanía. Su corazón se llenó de júbilo. Se encaminó rápidamente en la dirección de donde provenía el sonido, y llegó a un pequeño claro en el bosque, con una pequeña choza y una huerta. Allí encontró al ermitaño sentado en un tronco al lado de la choza, que dejó de tocar. Le dijo:

-“Toni, traes malas noticias”

-“Durante la tormenta estuve en casa de un moribundo y cuando regresé, subí a la cumbre para ver qué pasaba en nuestra aldea, y vi la desgracia.”

-“Y yo sabía que vendrías, y cuando sentí tu proximidad toqué la flauta para orientarte.”

Toni le contó todo con pocas palabras lo sucedido, y pidió al ermitaño que le ayudase. El ermitaño dijo:

-“Tenemos que separarnos. Tú irás al encuentro del grupo principal que está en camino, y lo conducirás al granero de la primera granja. Allí es donde encontrarán amparo por el momento. Yo hablaré con la viuda a la que pertenece para prepararla para la situación. Es la esposa del moribundo que atendí y que acaba de fallecer.”

Toni preguntó preocupado si le podía exigir algo así en esas circunstancias.

-“Sí, es lo justo y lo debido. Lo hará con gusto, porque sabe que tiene la bendición de su marido. Me hizo llamar antes de morir porque quería hacer una buena obra, ya que lo atormentaba el haber sido avaro durante toda su vida. Por eso pidió que preparasen panes para los pobres. Éstos pueden ser repartidos esta tarde o mañana por la mañana a los refugiados.” Toni le preguntó:

-*“¿Y dónde podré encontrarte?”* El ermitaño contestó:

-*“En la aldea, allí, estaré ocupado.”*

Luego le indicó el camino para llegar a la ruta, y él se dirigió a la casa del fallecido. Después de haber hablado con la viuda en el camino a la casa comunitaria, se encontró con el sacerdote, quien saludó respetuosamente al anciano, y le dijo:

-*“Has hecho una buena obra preparatoria. En realidad, has realizado todo el trabajo”.*

-*“Sólo hube de escuchar la confesión y luego recibió el último viático.”*

Y el ermitaño contestó:

-*“Como antiguo médico, estoy acostumbrado a ser asistente del alma.”* Luego agregó:

-*“Ahora hay algo más urgente”.*

-*“¿Han llegado ya los primeros refugiados del incendio?”*

El sacerdote suspiró:

-*“Acaban de hablar con el intendente y dos de los mayores del pueblo. He asistido a la reunión”.*

-*“El panadero de inmediato adoptó un lenguaje de una soberbia tal, que él y sus hombres fueron rechazados. Lamentablemente tengo que decir que esa soberbia le ha sido oportuna a los nuestros. Éstos son duros de corazón, puedo predicarles lo que quiera que nada les entra. Les hablé de las mujeres, los niños, ¡todo en vano!*

-*“Mira, allá vienen los caminantes. ¿Acaso podrás hacer algo aun?”*

El ermitaño simplemente dijo:

-*“Lo intentaré. Haz repicar la campana para reunir a la comunidad.”*

El sacerdote se dirigió a la iglesia con renovada esperanza, después de remarcar:

-*“El panadero te tiene una rabia especial.”*

El ermitaño sólo afirmó con la cabeza, y aguardó la llegada de los refugiados. Entonces el panadero lo atacó de inmediato.

-*“¿Es esta tu influencia? ¿Es esto lo que enseñas? ¿Que la comunidad de Burgau nos cierre las puertas con insolencia?”*

-*“Pero venimos igual, nos acostaremos delante de las puertas de sus casas hasta que la visión de los hambrientos les será insoportable.”*

El ermitaño respondió con serenidad, dirigiéndose a las demás personas e ignorando al panadero:

-*“Tal sacrificio no será necesario. He encontrado un alojamiento apropiado para los refugiados. Vuelvan atrás hasta la primera granja, esperen ahí la llegada del resto y envíen a Toni al lugar de reunión frente a la iglesia.”*

El panadero enfurecido quiso responder algo pero fue frenado por los demás hombres:

-“Has intentado hacerlo a tu manera y has fracasado. Deja ahora que actúe el anciano.”

Y se llevaron al panadero a la fuerza. Éste otra vez se dio vuelta para gritar amenazando con el puño cerrado:

-“¡Loco empedernido!”

Al poco tiempo comenzó el tañer de la campana de ese modo especial que los campesinos llamaban “*llamada de reunión*”. Comenzaron a llegar de todos lados para enterarse del motivo de tal llamado a esa hora. Mientras tanto, el ermitaño había ido a hablar con el intendente, que aún estaba reunido con los dos mayores. Los tres se levantaron para saludar al anciano, quien en momentos difíciles les había dado buenos consejos. Ahora se hallaban en evidente confusión.

El anciano entonces les dijo:

-“Amigos, como saben, en otra época de mi vida me he dedicado a curar personas. Entonces aprendí que a veces algunas de esas personas no eran fáciles de tratar. Y es eso justamente lo que hoy ha pasado aquí. Los refugiados del incendio casi les han hecho imposible poder ayudarles, a poder hacer aquello que hubieran querido hacer como hombres de bien. Y ahora la negativa está pesando en vuestro corazón como una piedra”.

El intendente se encogió de hombros, los otros dos movían la cabeza. El ermitaño continuó:

-“Lo cierto es que fuisteis forzados a tomar una decisión sin poder consultar a la comunidad.”

El intendente le interrumpió:

-“Si hubiesen escuchado al panadero, habría pasado lo mismo.”

El ermitaño asintió con la cabeza y continuó:

-“Ya lo creo, conozco esa antigua enemistad entre los dos pueblos. Pero cuando alguien no logra con su pesado carro trepar por la montaña, necesita ayuda. ¡Y yo quiero dar esa ayuda! Quiero ser el representante de los refugiados que por el momento he recibido por mi propia cuenta. De esta manera se convierte en un asunto nuevo y puede ser decidido nuevamente ahora por toda la comunidad. ¿Les parece bien?”

-“Si eres el representante entonces cambia la situación,” respondió dudoso el intendente, “pero a nosotros nos tildaron de desalmados.”

El anciano entonces alegó:

-“De ninguna manera será así; de eso me encargo yo.”

Cuando todos habían llegado al lugar de reunión, el intendente anunció que el ermitaño tenía que darles una noticia importante. El anciano entonces, con la ayuda de un joven, subió al pilón de la fuente, y dirigió la palabra a los reunidos, que guardaban silencio después del anuncio del intendente. El ermitaño dijo:

-“Habitantes de Burgau, quiero hablarles de algo que a primera vista parece ser un asunto simple, tan simple que en realidad no tendríamos que habernos tenido que reunir, pero que tiene su dificultad, como pronto se darán cuenta.

-“Esto lo digo de antemano para que luego no me digan que he actuado con astucia. Por eso doy esta advertencia.”

Una voz exclamó:

-“No hace falta.”

El ermitaño prosiguió:

-“Entonces escuchadme: muchos tienen un buen corazón, pero cuando ese corazón comienza a hablar, de pronto, su dueño se torna sordo.”

Un viejo de blanca cabellera exclamó:

-“No es nuestro estilo, habla sin dar tantas vueltas, ermitaño, tal como siempre has hecho.”

Otro de los presentes exclamó:

-“Lo que parece lo justo, de hecho lo es. Así lo hemos experimentado muchas veces.”

El ermitaño, a la sazón, continuó:

-“Bien, entonces “abro la puerta del establo y suelto la vaca”, como se suele decir. Esta mañana fui llamado al lecho de muerte de su vecino Hinteregger, a quien todos conocían. Se sentía mal porque de pronto se dio cuenta de que durante toda su vida había sido duro con los demás, y solamente había pensado en reunir bienes para sí mismo.

Él confesó: ‘he echado a todos los mendigos. Allá abajo, en el sótano, están las bolsas de harina. Pídeles que con ella hagan pan para los pobres.’

-“Me pidió esto, y algunas otras cosas”.

“Luego trepé hasta la cumbre para ver qué pasaba con la tormenta que tenía lugar al otro lado de la montaña y vi que no quedaba ni una casa en pie. El desborde del arroyo y el rayo se unieron en la destrucción. Las personas de la aldea se encontraron en una trampa sin salida, dado que el agua había arrancado los puentes. A estos refugiados los he albergado en el granero de la granja del difunto Hinteregger”.

“Después de su muerte, pudo así reparar un poco su avaricia en vida. Por eso soy ahora el intercesor de aquéllos con los cuales tienen enemistad”.

“El panadero del pueblo no pudo hallar la palabra apropiada. Todos sabemos que es un iracundo, y el intendente lo ha tenido que rechazar pues ha hecho su petitorio con un palo en la mano”.

-“Ahora está en sus manos decidir si quieren aceptar a los enemistados”.

-“¿Se animan a aceptarlos a pesar de las duras palabras que han cruzado, a pesar de las ofensas de ellos que han sido retrucadas con doble ofensa, que puedan olvidar todo eso y que puedan recibirlos como si fuesen de la misma familia?”

Los campesinos guardaron silencio por un rato, hablaban entre ellos en voz baja. Luego el anciano de cabellos blancos fue nuevamente quien exclamó:

-“¿Usted confía en que podamos hacer esto?”

El ermitaño respondió:

-“De otro modo no hubiese hecho esta pregunta. Y saben también que como sanador, debo apostar siempre en la mejor fuerza en el Hombre.”

Entonces, el intendente expuso:

-“Ha llegado el momento de que cada uno considere si puede dar asilo a alguien en su casa, dado que mi primera decisión ahora me parece caduca.”

Todos estuvieron de acuerdo, y levantaron la mano en señal de aprobación. El ermitaño entonces dijo con alegría:

-“Les doy las gracias por querer albergar a mis huéspedes. Ahora les puedo contar también que de hecho ustedes son de su misma descendencia”.

“En una época de escasez, hace siglos ya, cruzaron la cumbre, y se radicaron en ese lugar, virgen aún. Por aquel entonces practicaban una bella costumbre que ya se olvidó: horneaban los ‘panes hermanados’, así se llamaban, para que todos recordasen que eran hermanos que compartían su pan”.

“Pienso que ahora se podrían preparar esos panes nuevamente. Nuestro panadero y el panadero de la otra aldea se ayudarán en la tarea.”

El panadero de Burgau protestó:

-“Me ha insultado llamándome ‘palo de escoba.’” Todos se reían y dijeron:

-“¡Y tú lo has llamado ‘pavo por su furibundo glo glo!’” agregó el posadero con una risa.

Y el anciano de cabellera blanca finalizó:

-“Si el palo de escoba ya no golpea al pavo, la cosa puede funcionar. Además, yo tengo un sobrante de harina de la última molienda, les voy a enviar algunas bolsas. Y cuando los panaderos tienen a su disposición suficiente cantidad de harina, se pacifican.”

Y hubo otros campesinos más que ofrecieron harina. Entonces, el ermitaño exclamó:

-“Aquí estoy viendo a Toni, el pastor de las cabras de Obersbach, al cual adoptaré como hijo. Acércate, Toni.”

Junto con Toni se acercó el viejo maestro de la escuela. Toni dijo:

-“Ha venido conmigo, quiere decir unas palabras a favor de nuestra comunidad.”

El maestro dijo:

-“Ya hemos puesto en su lugar las cosas con nuestro panadero. En nombre de todos vengo a pedir perdón por su comportamiento.”

-“Ya está todo arreglado,” le aseguró el intendente, a la vez que le envió un mensaje alentador para todos: una carga de víveres, que rápidamente se había juntado en todas las casas, ya estaba en camino para el alojamiento de los refugiados.

El ermitaño llevó a Toni consigo al bosque.

-“Desde ahora estarás siempre conmigo, podrás aprender muchas cosas todavía, dado que Dios te ha brindado buenas facultades. “¿Te parece bien?”

De tanta felicidad, Toni no pudo pronunciar palabra alguna, sólo atinó colocar su mano sobre el brazo del anciano. Luego preguntó:

-“¿Podrán algún día los pobladores de Obersbach regresar a su aldea?

-“¡Es tan lindo ese lugar!”

Y el anciano le contestó:

-“Con el tiempo lo podrán reconstruir. Primero, algunas chozas para los carpinteros y lentamente, toda la aldea. Difícilmente la podrían haber salvado en la vieja aldea, aún si hubieses dado la noticia de la llegada del agua a tiempo”.

-“Tú deberás ser más valiente cada día”.

-“Por lo demás, Toni, hoy has hecho muchas cosas buenas: has ayudado a que los habitantes de Obersbach tengan techo y tengan pan. Ayudar es lo principal, eso quiero que aprendas del viejo médico”.

-“Por supuesto que tendré que seguir ayudando allá abajo. Tendré que seguir actuando como mediador entre los hermanos enemistados. Poder ayudar es la mayor alegría para el ser humano.”

El muchacho, con sus pensamientos había permanecido junto a los carpinteros, por eso preguntó:

-“Cuando comiencen los trabajos de la reconstrucción de Obersbach ... ¿podré ir a ayudar?”

Aportación de La Comunidad de Cristianos